

Feliz con haber obtenido estas santas instrucciones, la Baronesa volvió á Monthelon á casa de su suegro, y allí empezó una nueva vida. Se redujo á la mayor sencillez en sus vestidos y en su alimento, abrazó las austeridades de los anacoretas, se impuso una hora de oracion por la mañana, tres cuartos de hora por la tarde, y todo el dia una atencion tan continua á la presencia de Dios, que casi no la perdía. Lo que habia de mas notable en ella, es que su piedad no perjudicaba á ninguno de sus deberes, y no era enojosa á nadie. Se ocupaba de todas las menudencias de la casa, instruía y aun divertía á sus hijos, enseñaba el catecismo á sus criados, y nunca estaba triste ni disgustada, sino siempre buena, dulce, complaciente, de un acceso fácil para todos, sobre todo para los pobres y afligidos, y sin escrúpulo interrumpía sus ejercicios de piedad ó los trasladaba para otro tiempo cuando la caridad lo exigía; lo que hacia decir á sus criados, admirados de su recogimiento y union con Dios en medio de tantos negocios: «El primer director de la Señora no la hacia orar mas que tres veces al dia, y estábamos disgustados y fatigados; pero el Obispo de Ginebra la hace orar todo el dia, y eso no molesta á nadie.» Tan cierto es que la devocion bien entendida hace en la vida presente la dicha de todo lo que la rodea, al mismo tiempo que prepara al que la cultiva la felicidad de la vida futura (1).

Entretanto las tentaciones contra la fe no cesaban de importunar á la Señora de Chantal. «Pensais demasiado en vuestras tentaciones, le escribe su sábio consolador (2), las temeis demasiado; mas no os harán ningun mal si no reflexionais sobre ellas. Amais la fe, no quereis tener un solo pensamiento contra ella, y así que os sobreviene, os entristeceis y turbais. Credme, no temais esas tentaciones, dejadlas pasad; las tentaciones no

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 62.

(2) Carta LXXXI.

»mancharán un corazon que no las ama. Dejad al enemigo que ahulle y gima cuanto quiera á la puerta, y vos vivid dentro con Jesus y María. San Pablo sintió horribles tentaciones, Dios no quiso quitárselas, y fué por amor. Aunque Dios nos haga dar vueltas y nos haga girar á derecha é izquierda como le agrade; aunque nos envíe mil males, no le hemos de dejar. Encontraremos las rosas de la caridad entre las espinas de las aflicciones interiores y exteriores. ¡Oh! cuánto amo tres pequeñas virtudes que se recogen en los valles de nuestras miserias; la dulzura de corazon, la pobreza de espíritu, la sencillez de vida, y los ejercicios viles en apariencia de la visita de los enfermos, del servicio de los pobres, del consuelo de los afligidos. Si no tenemos los brazos tan largos que podamos alcanzar los cedros del Líbano, contentémonos con coger el hisopo de los valles.» (1)

Estando así las cosas, la Señora de Chantal fué combatida por una prueba capaz de seducir á un alma menos fuerte que la suya. Un Señor rico, encantado de sus bellas cualidades, de su virtud dulce y amable, de la gracia de su talento y de la bondad de su corazon, pidió su mano al presidente Fremiot, ofreciendo al mismo tiempo casar á sus dos hijos con las dos hijas de la Señora de Chantal. Estos tres casamientos juntos parecieron una buena proporcion al presidente y se lo propuso á su hija, comprometiendo para esto á todos sus parientes, igualmente deslumbrados con las grandes ventajas de esta triple alianza. La piadosa viuda tuvo que combatir á la vez las sollicitaciones del señor que la pretendía, la autoridad de su padre á quien amaba tiernamente, las instancias de su familia, y su ternura por sus hijos, lo que fué para ella un terrible martirio. «Me mantenía, dice, cuanto podia unida á la cruz, temiendo que tantas voces seductoras adormeciesen mi corazon con alguna complacencia y vana condescendencia.»

(1) Carta LXXXII.

Francisco de Sales, informado de la crisis en que se encontraba, se apresuró á alentarla con su poderosa palabra. «¿Quiénes son esos temerarios, le escribe (1), que quieren derribar las blancas columnas de nuestro sagrado tabernáculo?» Llamaba así al voto de castidad, y al de aspirar siempre á la perfeccion, que eran como las columnas del tabernáculo que deseaba elevar al Señor por medio del instituto religioso que meditaba. «No temen á los querubines que estan á sus lados y las cubren con las sombras de sus alas. Quizás habrá habido un poco de vanidad, un poco de complacencia, ó de no sé qué, pero todo eso no es nada para un ánimo firme. Nuestras columnas estan bien fundadas, y un poco de viento no las hará vacilar. Pero se debe cortar pronto y romper por completo en estas ocasiones, no deteniendo á los pretendientes sino despidiéndolos en seguida. ¿Como es que no ven que hemos arriado la bandera, y que nuestro cuerpo ya no nos pertenece, pues el gran Rey Jesus lo ha escogido para su trono?»

La Señora de Chantal entró tan completamente en los designios de su santo director, que este se vió precisado á moderar el deseo que sentia de dejar el mundo, modelando su corazon á no querer mas que lo que Dios quiere, cuando lo quiere y como lo quiere, sin dejarse nunca llevar de ansiedades humanas. Esperando el momento señalado por la Providencia, continúa sosteniéndola en medio de las tentaciones, desolaciones é impotencias con que el cielo la probaba. «No os atormentéis, le escribe (2), con esos temores que el demonio os inspira. No temamos mas que á Dios, y eso con un temor amoroso; no dejemos arruinar las murallas de nuestras buenas resoluciones, y vivamos en paz..... Es necesario tener un poco de paciencia para sufrir el ruido y estruendo que hace el enemigo á los oidos de vuestro cora-

(1) Carta XCII.

(2) Carta CXXIV.

zon. Seamos alegres sin disipacion, seguros sin arrogancia; temamos sin turbarnos; seamos cuidadosos sin acongojarnos..... No quiero que deseis con un deseo voluntario esa paz inútil y quizás perjudicial. Dios nos dará la paz cuando nos humillemos dulcemente á vivir en la guerra (1). No se deben tener esos deseos de una perfeccion tan dulce, que no se quieran mas que suavidades en los ejercicios, sin disgustos, sin repugnancia, sin distracciones, sin tentaciones.

«Contentaos con saber que el árbol de vuestras resoluciones está bien plantado, profundamente arraigado, sin querer que ni una sola hoja sea agitada con el viento de alguna tentacion. Os deseo un ánimo fuerte, y no delicado, que no se inquiete ni por lo dulce ni por lo amargo, ni por la luz ni por las tinieblas, sino que ame á Dios con un amor generoso, que sabe dar como Marta una parte de su tiempo á las obras de caridad, y como María una parte mejor aún á la contemplacion, á este honor tan grande para un corazon, cual es el de hablar á solas con su Dios. En el servicio de Dios es necesaria la libertad de los hijos que sirven á un padre, y no la sujecion inquieta de los esclavos que sirven á un tirano.»

A estos consejos contra las tentaciones, Francisco de Sales añade avisos particulares sobre diversas prácticas: recomienda á su penitente, como cosa buena para los principiantes, servirse de la imaginacion en la oracion para representarse á Jesucristo, y del entendimiento para escitar á la voluntad con consideraciones; pero una vez movida la voluntad, no debe, dice, aplicarse mas que á los afectos, para pasar de ahí á las resoluciones, y de las resoluciones á la práctica (2). Le recomienda la Comunion frecuente, como un medio de hacer vivir á Jesucristo en nosotros, de tal modo que este Divino huesped de nuestras

(1) Carta CXXVI.

(2) Carta XCX, CI, CII.

almas ame con nuestro corazon, hable por nuestra boca, que su espíritu lo haga y dirija todo en nosotros, y que todo nuestro interior, alabe y bendiga su voluntad soberana y santísima, justísima y bellísima (1). Le recomienda igualmente conserve su salud y no la debilite con largas vigili-  
as, porque, despues de haber velado por la noche, no se está para nada durante el dia; se vista cada dia con mas sencillez; instruya á los niños *para infundir en sus tiernas almas* el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, y el amor, que es la perfeccion de ella; permanezca tranquila y animosa en medio de las penas interiores, en la que se ejercitan, dice, mil pequeñas y bellas virtudes, por las cuales se arraigan en el alma la humildad y la caridad, estas madres de las virtudes, á las que siguen las demás como los polluelos á su madre (2).

El hábil director insiste varias veces en dos puntos principales; en la humildad, que consiste no solo en no estimarse á sí mismo, sino en aceptar voluntariamente el desprecio de los demás, y en el espíritu de confianza y de paz, que hace correr con corazon desahogado por las sendas de la perfeccion. «Amad, le escribe (3), la cruz y sus ignominias; complaceos en veros pobre y miserable, teniendo á la vista los abatimientos de nuestro Señor. Alegraos de no ser nada, puesto que vuestro abatimiento sirve de objeto á la bondad de Dios para ejercitar su misericordia. Si Dios ve que vuestro corazon se mantiene alegremente en bajos sentimientos de vos mismo, os comunicará grandes gracias. Manteneos pues alegremente humilde delante de Dios y del mundo. Si os estiman, burlaos de la estimacion alegremente; si, por el contrario, no se acuerdan de vos, consolaos alegremente, y estad contenta porque al menos en eso piensa el mundo la verdad.....

(1) Carta CXXXIX.

(2) Cartas XCIV, CVII, CVIII, CIX, CXV.

(3) Cartas LXXXIV y LXXXVIII.

«Os suplico por amor de Dios, le escribe otra vez, no temais á Dios, que no quiere haceros ningun mal; amadle mucho, porque os quiere hacer mucho bien..... No os esforceis en vencer vuestras tentaciones, porque esos esfuerzos las fortificarán, sino despreciadlas sin disputar con ellas. Representaos á Jesus crucificado en vuestros brazos, y besando su costado abierto por el amor, repetid cien veces: Aquí está mi esperanza; esta es la fuente viva de mi felicidad; nada me separará ya de su amor; le tengo y no le dejaré. ¿Qué hay en la tierra, ó qué quiero en el cielo, sino es á Vos, ó Jesus mio? Vos sois el Dios de mi corazon y mi tesoro para siempre.»

La Señora de Chantal no habia vuelto á ver al caballero que habia matado en la caza al Baron su esposo; y viéndose espuesta á encontrarle, consultó sobre esto al Obispo de Ginebra. «No es necesario, le escribe (1), que busqueis ocasion de verle, pero si se presenta, quiero que esteis en la entrevista con un corazon dulce, agradable y compasivo. Sin duda vuestro corazon se alterará y latirá, vuestra sangre hervirá, ¿pero qué es todo eso? El de nuestro Salvador hizo lo mismo á la vista de su amigo Lázaro muerto, y al acercarse su pasion, pero levantó los ojos al cielo en estas dos ocasiones: haced vos lo mismo, hija mia. En estas emociones que experimentamos, nos hace conocer Dios que somos aún muy carnales; mostrad condescendencia con los que quieren presentarse á este pobre hombre, y manifestad que amais la muerte misma de vuestro marido, la de vuestros padres, la de vuestros hijos, parientes, y la vuestra propia, en el amor y por el amor de vuestro dulce Salvador. Practiquemos éstas humildes, pero sólidas, santas y excelentes virtudes.»

Penetrada de tan bellas instrucciones, la Señora de Chantal, retirada á Monthelon en casa de su suegro, trabajaba con un ardor infatigable en su santificacion, y

(1) Carta CIII.

abrazaba todas las buenas obras que se presentaban, cuidando á los enfermos mas repugnantes, vendando sus llagas, visitando á los pobres, y proveyendo á todas sus necesidades como si fuera su criada (1). Pero todo lo que hacia le parecia nada, si no se consagraba ella misma á Dios en la vida del claustro. «¿No pensais, escribe á su director (2), que dejaré un dia todas las cosas de este mundo para ocuparme solo de Dios en el retiro? Dejadme al menos esta dulce esperanza.» El Obispo le contesta, que ruega y hace rogar á Dios para conocer su voluntad en este punto; que un dia lo dejará todo, pero que no sabe aún de qué modo; que continuará rogando y haciendo rogar, y que en cuanto á ella, debe abandonarse con una entera resignacion á la direccion de la Providencia, sin otro deseo que el de amar y obedecer cada vez mas á su Dios; que, por lo demás, antes de resolver nada definitivamente, tenia necesidad de conferenciar con ella, y para eso la mandó se encontrara en Annecy cuatro ó cinco dias antes de Pentecostés. Habiéndola obligado sus negocios á diferir la partida, caminó á grandes jornadas y aun gran parte de una noche, en medio de la lluvia y de la mas terrible tempestad, con el fin de llegar justamente al tiempo señalado.

Francisco, al ver una obediencia tan puntual, le preguntó por qué se habia fatigado tanto. «No creia, le dijo, poder dispensarme en la menor parte de vuestras prescripciones.—Es necesario en estas ocasiones, contestó el santo prelado, interpretar por la dulzura de mis intenciones el rigor de mis palabras.» Oigamos á la misma Señora de Chantal referir esta entrevista. «Fuí á buscar á este bienaventurado prelado, dice, con la mayor indiferencia que me fué posible, sin otro deseo que el de abrazar fielmente lo que Dios me ordenare por su medio, con una firme confianza de que su decision sería la voluntad

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 68 y sig.

(2) Idem, ibid., p. 79.

»divina, á la que habia consagrado todos mis afectos. Hasta Pentecostés me habló de muchas cosas, me hizo dar cuenta de todo lo que habia pasado en mi alma, sin declararme nada de sus designios, diciéndome solo que rogara mucho á Dios y me entregara sin reserva en sus benditas manos, lo que procuraba hacer absolutamente. Por fin el dia siguiente de Pentecostés, dirigiéndome la palabra con un rostro grave, serio y recogido, me dijo que ya habia decidido lo que haria de mí. Y yo contesté, arrodillándome á sus piés: Estoy resuelta á obedeceros en todo.—Pues bien, dijo para probarme, es preciso que seais Clarisa.—Padre mio, estoy pronta.—No, no sois bastante robusta para ello; es preciso que seais hermana del hospital.—Padre mio, lo que querais.—No es esto tampoco lo que yo quiero; sereis Carmelita.—Padre mio, estoy pronta á obedeceros.—No, contestó, no es eso lo que Dios quiere de vos; os destino á fundar una orden donde reinen la caridad y la dulzura de Jesucristo, donde serán admitidas las débiles y las enfermas, y que se empleará en cuidar á los enfermos y visitar á los pobres.—A esta proposicion, sentí al punto una gran correspondencia interior con una dulce satisfaccion y luz, que me aseguraba era esa la voluntad de Dios; lo que no habia experimentado en las otras disposiciones, aunque mi alma estuviera enteramente sometida á aceptarlas.»

Desde este momento el sábio director no vaciló ya, y la certeza que tenia de que este designio era de Dios, le afirmó en su resolucion. Sin embargo, veia inmensas dificultades en su ejecucion, cuales eran: un hijo único, tres jóvenes sin establecer, un padre y un suegro ambos muy ancianos, y que el bien parecer prohibia abandonar, y por último, negocios muy complicados, cuyo hilo y cuyo secreto tenia solo la Señora de Chantal. ¿Cómo romper tantos lazos y triunfar de tantos obstáculos? Luego, para colmo de tantas dificultades, ¿dónde encontrar recursos para esta fundacion? Él era pobre, y apenas tenia con qué subsistir; además Annecy, á quien Dios le habia mostrado

como la fuente de donde el instituto debía estenderse sobre la tierra por medio de sus diversos establecimientos representados bajo la forma de varios hermosos y grandes arroyos; Annecy, donde la razon sola dictaba que la nueva viña debía necesariamente ser plantada, para ser cultivada, podada, dirigida, y recibir en fin su forma propia de la mano de su fundador, Annecy era una ciudad fuera del reino de Francia, demasiado pequeña para proporcionar sujetos y recursos. Pero nada de esto desconcertaba su fe, pues veía en la empresa la obra de Dios, y sabía que el cielo se burla de los obstáculos que se oponen á sus designios.

En efecto, en la semana siguiente, en el momento que nadie lo pensaba, un incidente que parecia puramente casual, abrió la primera puerta á la ejecucion. Habiendo la Señora de Chantal vuelto muy cansada de la procesion del Santísimo, varios caballeros, entre los cuales estaba Bernardo de Sales, Baron de Thorens, el menor de los hermanos del Obispo de Ginebra, se ofrecieron á ayudarla á subir á su cuarto. «Permitid, Señores, dijo dando la mano á Bernardo, que elija á este caballero.» Esta palabra dicha por pura cortesía y sin ninguna intencion, hizo creer á la Señora de Boissy que la Baronesa deseaba casar á su hija mayor con Bernardo, jóven que en efecto era digno de su aprecio, reuniendo á la intrepidez de alma, la profundidad y los atractivos del talento, la dulzura y afabilidad en el trato; y en su consecuencia, le hizo proponer esta alianza por medio del santo Obispo. «Nunca, cuenta la Señora de Chantal, me encontré tan sorprendida como en esta posicion, conociendo cuánto se opondrian los dos abuelos de mi hija á su salida de Francia; sin embargo, no lo dejé conocer, y manifesté mucha gratitud á la buena Señora de Boissy.»

Así tuvo lugar el primer proyecto de su enlace, cuya conclusion debía fijar un dia á la Señora de Chantal en Annecy, y dar principio á la orden de la Visitacion.

Ocho dias despues, habiendo partido la Baronesa para

Borgoña en compañía de la hermana menor de Francisco, que habia ofrecido á la Señora de Boisy educar con sus hijas, el santo prelado la escribió varias cartas para afirmarla en su vocacion, é inculcarla el espíritu y las virtudes.

«Cada vez siento mas firme en mi alma, le escribe, la elección que he hecho para vos. No dejéis que vuestro corazón se incline á otros deseos, y bendiciendo á Dios por la escelencia de otras vocaciones, deteneos humildemente en esta, mas humilde y menos digna, pero mas conforme á vuestra suficiencia y pequeñez.....

»Ensanchad vuestro corazón; hacedle reposar en los brazos de la Providencia. Mantenedle firme y elevado en Dios por una entera confianza en esta santísima Providencia, la cual no os ha dado el designio de servirle sin querer daros los medios para ello (1).

»Humillaos mucho, pero con una humildad dulce y sin turbacion. Si Dios os quiere en la Cruz, queredlo también vos. Mortifiquémonos hasta lo mas interior, y que todo muera en nosotros para que Dios viva en nosotros. Estad indiferente para seguir á Dios, tanto en las espinas como entre las rosas, fijándoos una regla de amar su beneplácito mas fuerte y tiernamente que nada en este mundo..... (2) Decid simplemente: Señor, si vos lo quereis, yo también lo quiero, y si no lo quereis, no lo quiero. Nada de ese temor que quita al alma su fuerza, y la deja triste é inquieta. Pensad que descansáis sobre el seno de Nuestro Señor, entre los brazos de la Providencia ó los de la Cruz, recibiendo en vuestro corazón algunas gotas de ese bálsamo que destila por todas partes, y recogiendo estas pequeñas yerbecitas de las virtudes que nacen alrededor.»

La señora de Chantal, ocupando su alma con estos santos pensamientos, no veía, sin embargo, el dia que debía

(1) Cartas CXXI, CXXII, CXXVIII, CXXX, CXXXV y CLXXXIV.

(2) Cartas CXLV, CXLII y CXLIV.